

*Caja 1.ª - 1.ª Ed. - 1.ª Ed.*  
JOSE DE SILES

---

*Edici6n de 1874*  
Noches  
DE  
INSOMNIO



POESÍAS

---

UNA PESETA



JOSÉ DE SILES

---

*Caja 488. n. 1104*

# Noches de Insomnio

IMÁGENES. — FANTASÍAS

(1880)

POESÍAS.



ADMINISTRACIÓN  
151-FUENCARRAL-151  
MADRID

---

M. ROMERO, Impresor:—Calle de Tudescos, 34.—MADRID  
TELÉFONO 875.

# Á DON RAFAEL MOYANO CRUZ

MÉDICO DE PUENTE GENIL

*Querido amigo: Cuando hombre, me salvaste de una grave enfermedad; cuando joven, me alentaste en mis batallas contra la suerte; cuando niño, compartiste conmigo las alegrías propias de la infancia.*

*Recibe, pues, estos versos, trazados hace ya muchos años, y que son algo así como fiebres, entusiasmos y juegos de mi alma.*

*J. de Siles.*

Madrid, Febrero, 1898.

# PROBABILIDAD

La probabilidad es una rama de la matemática que estudia el comportamiento de los eventos aleatorios. Se utiliza para cuantificar la incertidumbre y predecir los resultados de un experimento o fenómeno que puede ocurrir o no.

Existen dos enfoques principales para definir la probabilidad: el enfoque clásico y el enfoque frecuentista.

**Enfoque Clásico:** Se basa en el número de casos favorables dividido por el número total de casos posibles. Por ejemplo, al lanzar un dado, la probabilidad de salir un número par es  $\frac{3}{6} = \frac{1}{2}$ .

**Enfoque Frecuentista:** Se define la probabilidad como la frecuencia relativa de un evento al repetir un experimento un gran número de veces. Si en 100 lanzamientos de una moneda cae cara 50 veces, la probabilidad de caer cara es  $\frac{50}{100} = 0.5$ .

Las reglas básicas de la probabilidad son:

- La probabilidad de un evento  $A$  está entre 0 y 1:  $0 \leq P(A) \leq 1$ .
- La probabilidad de que ocurra uno de los eventos mutuamente excluyentes  $A$  o  $B$  es la suma de sus probabilidades:  $P(A \cup B) = P(A) + P(B)$ .
- La probabilidad de que ocurra un evento  $A$  dado que ya ha ocurrido un evento  $B$  se denota como  $P(A|B)$ .

Existen diferentes tipos de variables aleatorias, como las variables discretas (que toman valores contables) y las variables continuas (que toman valores en un intervalo). Los modelos de probabilidad más comunes son la distribución binomial, la distribución normal y la distribución de Poisson.



## NOCHES DE INSOMNIO

Nunca pasé mis noches juveniles  
en el seno enfangado de la orgía.  
Nunca mis sueños ahuyentó el fantasma  
de la fría ambición torturadora.  
Enamorado de las bellas musas,  
causaban mis desvelos los hechizos  
fascinadores del divino arte.  
Entre poesía celestial volaban  
mis encantadas horas. La pureza  
era la diosa á quien rendía culto  
mi corazón, henchido de ilusiones.  
Y, al volver del teatro ó la tertulia,  
del paseo, academia ó biblioteca,  
siempre traía, cual la abeja errante,  
que de todas las flores miel recoge,  
alguna inspiración para mis cantos.

¿Por qué, como si fuera un maldecido,  
ha puesto, en los senderos de mi vida,  
sólo espinas la suerte, ante mis pasos?  
Para mí las llanuras son montañas.  
Jamás bebí de un trago los placeres;  
y no hay copa de dicha que no oculte

en el fondo una gota de veneno  
á mi labio, sediento de dulzuras.  
Encerrando en moradas miserables  
mi angustia y mi pobreza, tristes sonos  
nada más arrancaba de mi lira;  
desoladores gritos, que, en la negra,  
furiosa tempestad, el ave lanza  
desde el hondo rincón de su escondrijo.  
Solo, desamparado, vacilante,  
he dirigido los llorosos ojos  
hacia todos los cielos y horizontes,  
y el fulgor siempre he visto entrevelado  
de la estrella fugaz de mi fortuna.

Alguien pudo alentarme; mas no quiso.  
Alguien pudo extender mis libres alas  
por serenos espacios luminosos,  
permitiendo á mi mano que tegiera  
coronas de laurel, ramos de rosas.  
¡Harto cruel, oh, Dios, es mi destino!  
Yo soy como el soldado que combate  
al pie de una bandera que aborrece.  
Si da su sangre, la dará sin gloria,  
sucumbiendo en batallas despreciables.  
Ha sido mi existencia un sacrificio.  
De mi abrupto camino entre las zarzas,  
como pierde la oveja su envoltura,  
he dejado mis fuerzas en girones.  
La traición me ha acechado en cada esquina.  
Me ha herido la amistad allá en la sombra.  
Se ha disuelto el amor en el olvido.  
Y, en aquel corazón, noble y grandioso,  
que, en la pasada edad, me sostenía

en medio de mis vuelos ó desmayos,  
ya ha penetrado, cual reptil inmundo,  
la duda, la ironía, ó el hastío.

Ahora torna, después de largos años,  
el recuerdo feliz de aquellas noches  
en que, vencido el tormentoso día,  
en vez de consagrarme al torpe sueño,  
yo mantenía, hasta rayar la aurora,  
amoroso coloquio con las musas.

Delante de mi lámpara tranquila,  
la pluma entre los dedos, y la frente  
caldeada á los besos de la idea,  
dejaba, con las rítmicas palabras,  
correr sobre el papel mis ilusiones.

Y sonrisas de amor, cantos de gloria,  
creaciones de halagüeñas fantasías,  
fingían, ante mí, mágica fiesta.

¡Yo era entonces dichoso! Por un valle,  
entre pájaros, flores y arroyuelos,  
se deslizaba el carro de mi vida.

Ahora baja la rápida pendiente  
que acaba en el abismo de la tumba.

Y, al repasar las páginas añejas,  
escritas en la edad de la esperanza,  
asáltame una duda punzadora:

¡si habrán logrado mis trabajos sólo  
sacar agua de un pozo en un cedazo!

He visto, el otro día, el pobre libro  
de un amigo poeta. Por el suelo  
yacía en un montón de obras oscuras,  
escondido, mugriento, avergonzado.  
No nació, sin embargo, para el polvo.

Enjendróle su autor para las cimas,  
para aquellas regiones estrelladas,  
donde el águila audaz tan sólo toca.  
¡Con qué cariño paternal y santo  
sér infundióle en su cerebro ardiente!  
Él era su esperanza y su embeleso.  
Él era, sobre todo, una venganza:  
la venganza que el sol, tras de la noche,  
toma, al lucir el alba, de las nieblas.  
Mas aún en su alrededor sigue la sombra.  
No supo el gran iluso que no basta  
ser padre, cuando no medran los hijos.  
Rehusó hermanar la inspiración y el oro.  
Y arrastrando sin tregua la cadena  
de sus adversidades y sus sueños,  
al fin de su jornada, fué lanzado  
su cuerpo á un hospital, su libro al lodo.

No obstante, siempre queda, aun en invierno  
un resto de la flor de primavera.  
Siempre nos brinda olor lo que fué aroma.  
El árbol del vergel, lira del aura,  
sin las notas sin fin de su follaje,  
aún conserva las cuerdas de sus tallos.  
Aún puede el viento, en la estación florida,  
modular nuevamente otras canciones.  
¡Todo ha pasado para mí! Tan sólo  
permanece viviente en mi memoria  
el recuerdo feliz de aquellas noches  
en que, entre mis afanes, ignorado,  
mas en alas de plácidas quimeras,  
levantaba mi espíritu á otros mundos,  
formados al compás de mis deseos,

---

y extático escuchaba la armonía  
de las inspiraciones misteriosas.  
Ese recuerdo morirá conmigo.  
¿Quién olvida jamás el grato anhelo  
de una cita de amor? ¿Puede olvidarse  
que una vez se ha vivido, allá, en el cielo?

## IMPRESIONES DE OTOÑO

Moribundo el verano, ya se siente el otoño, empujado por sus vientos; en el cielo las nubes, en la frente gravitan tenebrosos pensamientos.

Y del ánimo indócil se apodera un ansia sin objeto, triste, extraña; aquello que se amó en la primavera en otoño tal vez nos desengaña.

Estación misteriosa, en que la suerte se encarniza en los campos, aun con flores, al modo con que va la aciaga muerte segando con su hoz tiernos amores.

## ILUSIONES PERDIDAS

¡Hermosísima quimera!  
¡Ilusión de mi embeleso!  
¿por qué fué dulce tu beso  
si hoy es veneno al sabor?  
¿Por qué, como tierno arrullo,  
tus palabras yo escuchaba?  
¡A qué abismo me arrastraba  
el encanto de tu voz!

Yo, inocente, apasionado,  
al verte por vez primera,  
toda la creación entera  
miré reflejada en tí:  
la gloria, el amor, la vida,  
el placer y la ventura,  
y tu imágen bella y pura  
quedóse grabada en mí.

¡Loco, cien mil veces loco!  
No imaginé, ciego amante,  
que caprichoso é inconstante  
tenías el corazón.  
Leve pluma que en el viento

oscila, vuela y tremola  
y se irisa y tornasola  
á los reflejos del sol.

Yo me figuré, entusiasta,  
formar contigo otro mundo;  
que era mi amor tan profundo  
que no hallaba espacio aquí.  
Mundo sin noches, sin llanto,  
sin tempestades, ni espinas,  
y con músicas divinas  
que te cantaran á tí.

Cuanto concibe la mente  
de grande, de hermoso y tierno,  
de seráfico y eterno,  
alimentó mi pasión.

Tú eras mi encanto y mi gloria,  
y eras mi sueño y mi vida;  
y eras mi dicha cumplida,  
y ¿qué más? ¡eras mi Dios!

Entonces volaba el tiempo,  
yo no sintiendo sus horas,  
que eran todas seductoras  
mensajeras de placer.

Y las noches y los días,  
y el invierno y el verano  
en balde huían, y en vano  
devoraban nuestro bien.

Que inagotable y sereno,  
cual arroyo en la llanura,  
brindaba la linfa pura  
del más delicioso amor.

Yo era feliz, yo era niño,

tú niña y también dichosa;  
yo era céfiro y tú rosa:  
siempre un beso nos unió.

Mas ¡ay! que al crecer las flores  
también las zarzas se elevan,  
y entre sus puntas se llevan  
sangre del labio al besar.  
Pasaron los dulces años  
de nuestro amor placentero;  
de tu desdén el acero  
siento hoy mi pecho rasgar.

## EL BIEN NO SIEMPRE ES BIEN

El ídolo más vulgar  
en el peligro es amado;  
el sol, para el día, es dado;  
el corazón, para amar.  
Mas, suele un lazo trenzar  
la inexperta simpatía,  
donde en malvada agonía  
se agita el cuello inocente;  
que aún es mayor la pendiente  
cuando á un mal el bien nos guía.

AYER Y HOY

Ayer lucieron las rosas,  
 la brisa murmuró blanda,  
 el sol desplegó sus rayos,  
 y en la tupida enramada,  
 dieron al viento las aves  
 la voz de sus dulces arpas.

Hoy yacen místicas las flores,  
 no susurra leda el aura,  
 el cielo está triste y frío,  
 ¡ya los pájaros no cantan!  
 ¡Horrible duelo del mundo,  
 semejante al de mi alma!

¿Cómo, niña, ayer tan tierna  
 y hoy me niegas hasta el habla?

## EL AMANTE FELIZ

Siempre que una ventura el hombre goza  
en torno suyo con amor la irradia,  
y á impulsos del amor que le alborozaba  
se trueca en un zagal, allá, de Arcadia.

Y renace á la fe, y su mente es pura,  
serenas sus miradas é infantiles;  
y á veces, sin temor á la locura,  
se afana en devanar sueños á miles.

El alma del feliz, de dicha llena,  
refleja su alegría en dulce rayo,  
é ilumina la vida, al duelo ajena,  
floreciendo doquier risueño mayo.

El amante en los brazos de su amada,  
fundido en el ardor de las caricias,  
es como una sustancia evaporada  
subiendo en un espacio de delicias.

Y se juzga impalpable, ser sin forma,  
ó adoptando otra nueva en grato arrobó;  
larva que en mariposa se trasforma,  
absorbiendo la luz por gracia ó robo.

Al hechizo de música galana,

flotante entre el aroma del ambiente,  
plácida calma, que en raudales mana,  
se infiltra hasta en los sueños de su mente.

Y descender, contempla, desde el cielo,  
radiantes y gozosos, mil querubes,  
y arrebatarle del mezquino suelo  
en blando trono de purpúreas nubes.

Y los astros, la noche, la natura,  
y las plantas, las flores y la brisa,  
y, en fin, cuanto enajena al alma pura,  
es una inmensa y celestial sonrisa.

## FIEBRE DE ORO

Aunque no lo vió ninguno,  
porque está oculto en el pecho,  
tengo el corazón deshecho  
y mana sangre sin fin...

¡Quieran los cielos, oh, ingrata,  
no sufras la angustia horrible  
que en instante tan terrible  
me está torturando á mí!

Tú no lo comprendes; reina  
de tu gusto y tus antojos,  
todos los ojos tus ojos  
los siguen á discreción.

Tus caprichos son cual leyes  
y á veces de un fin sangriento;  
por un fútil pensamiento  
sacrificas un amor.

¡Quién lo dijera! En tu seno,  
que yo tan puro creía,  
falaz albergue tenía  
de la codicia el reptil.

¡Quién se imaginara, al verte

el rostro bañado en llanto,  
que era sólo tu quebranto  
disfraz de ambición ruín.

Mas ¡ah! piensas, insensata,  
que mejor se enjuga el lloro  
con un pañuelo que el oro  
de falsas flores bordó.

¡Ay, mísera! te equivocas;  
tampoco en dorado lecho  
más tranquilo duerme el pecho  
si en él vigila el dolor.

Cuantos más velos le cerquen  
para ocultar más la dicha,  
aún más pronto la desdicha,  
con el tedio, brotará.

Cuantas más cortinas haya  
de apariencia seductora,  
más turbia la clara aurora  
á tu lecho llegará.

¡Tu lecho! que hoy consagrado  
está á la torpeza avara.

¡Santo lecho, donde un ara  
yo iba férvido á erigir!...

¡Ah! ¿por qué tan viva é intensa  
brilla en mi triste memoria  
aquella luz de mi gloria,  
y aún me hace sonreír?

## LA ORGÍA

Magnífico es el banquete;  
de luz rebosa la sala;  
la flor, entre el vino, exhala  
voluptuoso pebete.  
Nada hay que al placer inquiete  
en tan mágica mansión;  
sólo, tal vez, la explosión  
del corcho de una botella  
hace latir á una bella  
más deprisa el corazón.

El oro, á la luz, llamea;  
cielo ardiente es cada espejo;  
brilla del raso el reflejo,  
el licor bulle y chispea.  
Del techo se balancea  
la araña, sol estrellado;  
y en áurea jaula encerrado  
uno y otro pajarillo,  
fascinado por el brillo,  
lanza su cántico arpado.

Ebrias de ardor las hermosas,

en sus manos vacilantes,  
 chocan las copas, triunfantes  
 y coronadas de rosas.  
 Como una fiesta de diosas,  
 la vida transcurre allí,  
 y no vé en su frenesí  
 la que finge esas venturas  
 que mañana, entre amarguras,  
 dirá: «¡compasión de mí!»

Al placer y á la alegría,  
 la juventud descuidada,  
 sonríe allí, reflejada  
 en cristal y argentería.  
 Rayos de noche á que el día  
 devuelve su palidez;  
 que el alba, sin brillantez  
 vió siempre empañado el vaso,  
 lleno de manchas el raso,  
 y el hombre entre la embriaguez.

El vino circula á mares  
 y enardece los sentidos,  
 y unos de otros seguidos  
 turnan mil ricos manjares.  
 Como exentos de pesares,  
 todos la gula festejan;  
 y cuando en su empeño cejan  
 llaman un estimulante  
 para volver al instante  
 sobre los platos que dejan.

Cual de un vértigo impulsados,  
 persiguen, como entre sueños,  
 los fantasmas halagüenos

en el placer vislumbrados.  
Cálices que aunque apurados  
á beber más les incitan;  
goces que los precipitan  
como á lobos macilentos,  
de su presa siempre hambrientos,  
sobre el hastío que irritan.

Comienza luego la danza  
de complicadas revueltas,  
llevándolos en sus vueltas  
cual hojas que el viento lanza;  
pareja á pareja alcanza,  
huye, sigue y atropella;  
ciego furor los estrella;  
y vése en la infernal ronda,  
desnudo, rota la blonda,  
ya el pecho de la doncella.

Con el ráudo remolino,  
la algazara y el estruendo  
van frenéticos creciendo  
sin orden, compás ni tino.  
Y cual suele el torbellino,  
del bosque en la soledad,  
con gradual velocidad  
ir rumores levantando,  
el bullicio así va alzando  
como ecos de tempestad.

Mas, del austero destino  
no se escucha allí el acento;  
la orquesta vibra en el viento,  
en las copas hierva el vino.  
Todos dan al desatino,

para jugar, su cabeza;  
uno hay que á arrastrar empieza  
los manteles por el lodo,  
y otro, hasta el alma beodo,  
llorando en un rincón reza.

Todos, saciado su anhelo,  
yacen, sin pesar amargo,  
en vergonzoso letargo,  
rociados por el suelo.

Ya no juran contra el cielo;  
la boca impía se calla.

¡Vedlos! Cada cual se halla  
con la faz pálida é inerte  
como los deja la muerte  
en los campos de batalla.

Las luces, ya medio extintas,  
envuelven con tenue rayo  
los cuerpos en su desmayo  
bajo formas indistintas.

Piérdense todas las tintas,  
lujo de la liviandad;

y en aquella obscuridad

llena de seres funestos  
se descubren sólo restos  
de juventud y beldad.

Pues ya, encendido á esa brasa  
que ama el pecho más que al sol,  
en las llamas del alcohol  
cada cerebro se abrasa.

Muchedumbre errante pasa  
de nebulosas visiones  
ante aquellos corazones

sedientos de bacanal;  
que no más guarda el fanal  
que forjaron las pasiones.

Ya el mónstruo, con repetidos  
nudos de reptil, sujeta  
á aquella turba repleta  
de sus vicios maldecidos.  
Náufragos, surcan perdidos  
el mar del mundo, rugiente;  
y en la fangosa corriente  
de su vida transitoria,  
ellos son como la escoria  
que arroja á un lado el torrente

Verdes vástagos tronchados,  
nacidos del azar ciego,  
al placer piden y al juego  
jugos y aromas prestados.  
En senos envenenados,  
con ansia devoradora,  
paz letal gustan ahora.  
¡Oh, cuán amargo sabor  
tiene el corrompido amor  
que se dá por una hora!

En el silencio sumido  
ya el escándalo dormita.  
Nada el huracán agita  
sobre el campo que ha abatido.  
Sólo tal vez un ronquido  
la paz soñolienta altera;  
pues, igual que la pantera,  
que, aun de sangre henchida, ruje,  
con la espuma al labio muje

la orgía, aunque ahogada, fiera.

La noche, en tanto, avanzaba  
trayendo, como cortejo,  
del relámpago el reflejo  
y el sordo aquilón que aullaba.

Tenaz granizo azotaba  
los cristales temblorosos,  
despertando ecos medrosos  
en la sala del festín,  
cual de algún genio ruín  
los murmullos misteriosos.

Tal vez en horrible mueca  
el sueño impío trocó  
la sonrisa que fingió  
el tedio en su boca seca.

Tal vez se muestra la enteca  
figura ya al descubierta.

Y así el fúnebre concierto,  
que del huracán se oía,  
era el doble que plañía  
por cada espíritu muerto.

## HIMNO DE MAYO

Es día de primavera;  
brilla radiante la aurora,  
y cielo y tierra colora  
con su fúlgido pincel.  
Nubes de rizada gasa  
ornan mágicos celajes  
coronando los paisajes  
de un riquísimo dosel.

Las flores rompen la copa  
do su perfume fermenta,  
que el aura recoge lenta  
en sus alas de azahar,  
y los pájaros canoros,  
dejando sus nuevos nidos,  
van de dos en dos unidos,  
ya al arroyo, ya al breñal.

En leves danzas circulan,  
formando gayas parejas,

los silfos y las abejas  
 en el cáliz de la flor;  
 y en la atmósfera de ámbar  
 va fugaz y vagarosa  
 la nevada mariposa  
 siguiendo un rayo de sol.

La cumbre de la montaña  
 el horizonte perfila;  
 parece que allí tranquila  
 posa un gigante su faz.  
 Todo es luz, todo es grandeza,  
 todo es murmullo y encanto,  
 todo el mundo es lugar santo  
 en día primaveral.

Ante tantas maravillas  
 el alma se esplaya y goza,  
 y unción mística alborozar  
 al ferviente corazón.  
 La mente percibe clara  
 la luz que en todo fulgura,  
 y venera y se figura  
 como un templo la creación.

Y es la bóveda celeste  
 su alta cúpula infinita,  
 y es columna que se agita  
 cada árbol secular;  
 y cada eco es un coro,  
 y un hachón cada lucero,  
 cada flor un pebetero  
 y cada monte un altar.  
 ¡Oh, inteligencia del hombre  
 á quien el orgullo ciega!

Conmigo, á este sitio, llega,  
dobla la rodilla aquí.  
El infinito nos mira  
tras de un ancho cristal terso;  
átomos del universo,  
¿quién nos podrá descubrir?  
— ¡Oh, siglo décimo nono!  
perdona el clamor de un triste,  
que, ofuscado, no resiste  
su vista á tanto esplendor.  
Ni sabe bajo qué influjo  
maravilloso y potente  
se confunden en su mente  
la naturaleza y Dios.

Éste esencia, aquélla forma,  
se compenetran y abrazan,  
al modo con que se enlazan  
un aroma y una flor;  
son dos llamas que se mezclan,  
son dos besos que se funden,  
dos notas que se confunden  
y hacen un ritmo mayor.

Mas, la realidad me llama,  
y al descender á la tierra  
vuelvo á entrar en cruda guerra  
con mi rebelde pesar.

Que al fin el hombre es de barro,  
y, al soñar con una gloria,  
le recuerda la memoria  
tristes mundos que llorar.

Los mundos de las quimeras,  
donde anidan los antojos;

mundos que miran los ojos  
trás de un fantástico túl;  
y cuyo peso gravita  
sobre el pecho que, angustiado,  
busca un placer no gozado...  
mariposa de una luz.

¡Ay! tal vez esta mañana  
despierte al amor primero,  
con encanto lisonjero,  
á algún joven corazón.  
Acaso, en amplios ropajes  
envolviendo su hermosura,  
una niña dulce y pura  
al mundo se ostenta hoy.

¡Alma virgen que entre flores,  
y entre gasas, y entre pluma,  
vas flotando, cual la espuma  
por las olas de la mar;  
pasa ráuda por el mundo  
sin dejar en él tu huella;  
sé del cielo errante estrella,  
luz de aurora boreal!

Para mí ya es tarde; al alma  
segaron ¡ay! de ilusiones  
las turbulentas pasiones  
de mi loca juventud;  
y no sé á dónde, seguro,  
he de dirigir mi paso  
cuando el sol, en otro ocaso,  
me muestre, en fin, mi ataúd.

Mas, fúlgido, ante mi vista  
el vasto mar se dilata;

tersa lámina de plata  
del libro de la creación.  
Su grandeza admirar quiero.  
Un bajel abre su vela,  
con él mi destino vuela.  
¡Alúmbrele siempre el sol!

## AMOR PATRIO

Si extendéis la mirada por la tierra,  
dividida en innumerables naciones,  
encontraréis, no más, pueblos en guerra,  
movidos de contrarias ambiciones.

Tiembla el pequeño ante el poder del grande,  
sustituye al valor la cobardía,  
y no hay emperador que mejor mande  
cuando manda el cañón con voz sombría.

No habléis en estos tiempos degradados  
del ínclito laurel, del natal suelo;  
están los corazones embargados  
por el vil interés ó el torpe anhelo.

¡Amor patrio! ¿Qué resta de la gloria  
de tanto pueblo, sin igual, gigante?...  
¡De sus hijos, acaso, en la memoria  
una chispa fugaz y agonizante!

Sí, en arcos y murales, que á la saña  
del tiempo y de la incuria sucumbieron,  
¡quizás un jaramago, una alimaña,  
que, al azar, en las grietas se escondieron!

Y, allá, en el libro, que á la luz divina

debe de la verdad sellar la pluma,  
tal vez, manchado por pasión mezquina,  
de sangre esclava ofuscadora bruma.

¡Ay! que la libertad, celeste llama,  
que sólo de almas nobles se alimenta,  
cual fiera encarcelada gime y brama,  
sucumbiendo al final entre su afrenta!

Tan sólo el pueblo hispano, aún sin fortuna,  
el pueblo de castillos y leones,  
no trocara su patria por ninguna,  
esta patria del sol y las canciones.

## HORAS DICHOSAS

Tiende sus alas de azulada niebla  
la moribunda tarde en el espacio,  
y luego, dulce y sonriente puebla  
la pléyade de estrellas su palacio.

El aura leve de rumor sonoro  
aduerme á la natura con su arrullo;  
y un pájaro, tal vez, se oye canoro  
al agua acompañar en su murmullo.

Suspiros melancólicos, rumores,  
indefinibles cánticos resuenan,  
y aspírase un ambiente que mil flores  
de sus esencias perfumadas llenan.

Las copas de los árboles se inclinan  
bajo su pompa con gentil concierto,  
y verdeguea el suelo, en que caminan  
las serenas acequías de algún huerto.

Errante el viento por los prados vaga;  
surca los cielos la tranquila luna;  
todo parece que á vivir halaga.  
¡Todo es paz, todo bien, todo fortuna!

## MORIR POR TÍ

En los brazos de otro amante,  
si más dichoso, más frío,  
hallas hoy el desvarío  
que soñé para mi amor.  
Mas, indigno de tí, al cabo,  
sin comprender tu hermosura,  
labrará tu desventura,  
secando tu corazón.

¡Tu corazón! que aunque ingrato,  
y que mata á quien te ama,  
esconde dentro la llama  
del más ardiente volcán.

¡Tu corazón! que á otro pecho  
al ir reposo buscando,  
á cambio de su amor blando,  
sólo hastío encontrará.

Mas ¡ay! sin tí, todo es duelo;  
y allá, hasta en la misma nada,  
mi osamenta descarnada  
llanto y sangre verterá.  
Tú, no lo verás, bien mío;

mas, en la roja amapola  
que nazca en mi tumba sola  
mi oculto fuego arderá.

Llama viva, pura, ardiente,  
en mi antro solitario  
será como en santuario  
de una lámpara la luz.

Pero, no, que á ésta no falta  
nunca una mano piadosa;  
y ¡ay! si destruyen mi fosa,  
¿á protegerla irás tú?

Por tí, á la muerte me arrojó,  
desgarrada toda el alma,  
para dar término y calma  
á mi tremendo dolor.

¡Cuán insondable es mi herida!  
¡ay! á remediar mi duelo  
no tiene bálsamo el cielo  
ni luz benéfica el sol.

## LOS NUEVOS MÁRTIRES

¡Oh, mártir del progreso, que naciste,  
con mente audaz y corazón violento,  
en época tan bárbara y tan triste,  
fuiste arrollado, como polvo, al viento!

Pero, reposa en paz; tal vez mañana,  
sobre el orbe al lucir alba más pura,  
libertada y feliz la raza humana,  
convierta en un altar tu sepultura.

## LOS DOS EXTREMOS

Queremos morir, si el cielo  
dilata, de alguna pena  
la fatigosa cadena  
que arrastramos con el pie.  
Mas ¡oh, flaca arcilla humana!  
Cuando se acerca la muerte,  
maldecimos de la suerte  
que empuja al negro dintel.  
Nos agobia el grave peso  
de la losa dura y fría,  
y en la postrera agonía,  
en el final estertor,  
pedimos con furia loca,  
aunque el dolor nos confunda,  
la insoportable coyunda  
que á la vida nos ató.

## ANACREÓNTICA

Desde que, una siesta,  
dormí, en el verano,  
al pie de una acacia,  
no ceso en mi llanto.

Agudos dolores,  
terribles espasmos,  
me asedian constantes,  
sin darme descanso.

Yo llevo en el pecho,  
muy profundo, algo  
que se agita y roe  
cual ruin gusano.

Voraz cuando muere,  
grave en su letargo,  
no me deja un punto  
para el dulce canto.

Su acción destructora  
emplea callando,  
ó en súbitos ímpetus,  
ó en ritmos pausados.

Yo me le golpeo,

y á la par que llamo,  
de adentro responde,  
su rabia doblando.

¡Ay de mí! La furia  
de mis crudos hados,  
desencadenada  
llevo ante mis pasos.

¡Ay de mí, que triste,  
un corazón guardo  
que, en medio del sueño,  
de amor fué llagado.

## EL PAÍS DE LOS SUEÑOS

Presa de letal desmayo  
la máquina de mi vida,  
de su cuerpo desprendida,  
mi alma á otro mundo fué.  
¿Qué es lo que vió, que aun la duda  
de tal realidad la azota?  
¿Hácia qué región ignota  
voló en alas de su fe?

¡Pradera de bienandanza!  
¡Mansión tranquila y gozosa!  
¡Fábrica de amor, grandiosa,  
mas donde todo es fugaz!  
En tí reposé un instante,  
que, cual tu hechizo ilusorio,  
fué rápido, transitorio,  
y fué vano, cual mi afán.

Comarca de encantos llena,  
mas, de encantos engañosos,  
tan veloces, como hermosos,  
allí los momentos son.  
Pero, á la vista halagando  
sufantástica apariencia,  
campo ofrece á la existencia  
do florezca el corazón.

Extensión ilimitada  
que abarca cuanto hay de hermoso,  
de radiante y melodioso  
en el más dulce soñar;  
pero, al cabo, como ensueño  
que se disipa á la aurora,  
es todo cuanto atesora  
aquel mágico lugar.

Allí, cármenes de flores  
que mil matices coloran,  
no bien engendran, vaporan  
su exencia pura y sutil.  
Allí, apenas los sonidos  
se descifran en el viento  
cuando, ténues, al momento,  
desaparecen en fin.

Allí, hay bosques que una luna  
meláncólica ilumina,  
que al través de una neblina  
figuran aparecer.  
Fuentes de rumor callado  
y de inmóviles cristales,  
donde ninfas ideales  
se aduermen con languidez.

Pájaros de leves plumas  
que vagan por el espacio,  
encantando aquel palacio  
con sus gorgoros de amor;  
y que escuchan los oídos,  
como música lejana,  
que un aura sutil y vana  
va extendiendo en derredor.

Allí, guardan unos ángeles,  
en actitud reverente,  
un sepulcro refulgente  
y de mágica atracción;  
sarcófago de diamante,  
deslumbrador á los ojos,  
donde yacen los despojos  
de toda muerta ilusión.

En él ví flotar la mía  
como niebla de la aurora;  
aún estaba seductora,  
aún irradiaba fulgor.  
Y pugnando por salirse  
de los muros de cristales,  
con más goces celestiales  
aun á mi mente brindó.

Ya iba á ceder á su engaño,  
cuando lució, de improviso,  
bajo un contorno indeciso,  
blanca fantasma de luz,  
que de las tranquilas ondas  
como una gasa surgía,  
y gallarda se mecía  
allá sobre el lago azul.

A tan súbita presencia  
se oyó, agitándose el viento,  
ora un suspiro, un lamento,  
un quejido de dolor,  
que los tristes que lloraban,  
como yo, su desventura,  
lanzaban, en su amargura,  
ante aquella aparición.

Clavé más y más los ojos  
en tan leve forma vaga,  
que, como imagen que halaga,  
se adelantaba hacia mí.

Falsa ilusión que retorna  
de un malogrado deseo,  
en que un dulce devaneo  
plantó su tierna raiz.

—¿No me conoces?— me dijo,  
mostrando su faz radiante.

—Yo soy, para todo amante,  
la quimera de su amor;  
soy el ansia de su anhelo,  
soy la maga de su encanto;  
soy la fuente de su llanto,  
soy la lumbre de su sol.

La mujer que, allá en el mundo,  
llena de galas se adora,  
la hermosea y la colora  
sólo el foco de mi luz;  
sin él, es pálida y fría  
de sus ojos la mirada,  
y, sin él, queda encerrada  
bajo un lúgubre capuz.

Por un extraño espejismo,  
cada cual en mí conoce  
la mujer, por cuyo goce  
diera toda su razón;  
que la mujer es reflejo  
nada más de mi hermosura,  
y á mí es, en su locura,  
quien ama su corazón:

Yo la doy ritmo y aroma,  
la presto gracia y encanto;  
y en el fondo de su llanto  
está oculto mi poder.

Y ¡ay! misero del que, ciego,  
juzgue sus lágrimas, perlas!  
Cuando, al fin, llegue á romperlas,  
verá sólo lobreguez.

Yo, al andar, la llevo ingrávida,  
cual aérea mariposa;  
yo la vuelvo vaporosa,  
cual un sueño ó una ilusión.

Yo la baño en los colores  
del iris de la bonanza;  
las alas de la esperanza  
yo prendo en su corazón.

Corre conmigo á las selvas  
encantadas de la dicha;  
con mi risa, á la desdicha  
va alegrando por do quier.  
Y suspende cuando habla,  
y cuando mira estremece,  
y cuando besa enloquece  
de ventura y de placer.

Yo soy la luz que en sus ojos  
pura y vívida flamea;  
yo soy el áura que ondea  
de sus cabellos la red;  
y soy el secreto impulso  
que da á su seno el latido,  
y que rinde conmovido  
á todo amoroso sér.

Yo soy la voz que á su oído  
 tiernas canciones murmura;  
 yo soy quien allá, en la altura,  
 la mece entre sueños mil.

Y yo, envuelta en mi ropaje,  
 la paseo por el mundo,  
 y hago su paso fecundo,  
 dando flores, como Abril.

Mas ¡ay! que cuando mi mano,  
 desdeñada, la abandona,  
 su hechizo se desmorona  
 en un abismo sin sol.

Y, la mujer queda entonces,  
 roída por sus enojos,  
 cual los áridos despojos  
 que deja una muerta flor.

¿Qué es la mujer que no ama  
 con afecto puro, ardiente?  
 Cristal de enturbiada fuente,  
 sin frescura, eco, ni luz;  
 florecilla que, inodora,  
 jamás el labio la aspira;  
 nube que medrosa gira  
 bajo un cielo sin azul.

Aléjate para siempre,  
 ¡oh, náufrago de la vida!  
 de aquella mar tan mentida  
 do tu alma zozobró.

Déjala que se arrebate  
 en los brazos de otro viento;  
 tú, abraza, en tu pensamiento,  
 la naturaleza y Dios.

Callóse, en esto, la sombra;  
y aún fingíase mi oído  
estar sintiendo el sonido  
de su recóndita voz,  
cuando, allá, de entre los bosques,  
bajo el espeso ramaje,  
escuché el dulce lenguaje  
de los genios del amor.

Pero el quimérico alcázar  
que fuí en mis sueños alzando,  
se fué á mis ojos borrando  
como bruma matinal.

Huyó la luz, la armonía  
y la brisa embalsamada,  
y en medio de tanta nada  
fué mi congoja mortal.

De la cándida mañana  
con el suave rocío  
volvió en el corazón mío  
la dulce vida á nacer.

Lo siento arder en mi pecho,  
que él es cual la seca hoguera  
que á la chispa más ligera  
alza llamas otra vez.

Mas, no me seduce ahora,  
con su engañosa armonía,  
la sirena, que allá un día  
al abismo me arrastró.

No me acercaré á la esfinge  
que fascina en el desierto;  
para el viajante inexperto  
tiene garras de león.

## LO QUE ENSEÑA LA MUERTE

Al borde de una tumba; á la indecisa  
 lejana claridad de las estrellas;  
 al eco flébil de la ténue brisa  
 que exhala por los sáuces sus querellas;  
 de entre las sombras evocado espectro;  
 sobre ruinas vagabunda llama;  
 cantado al són de silencioso plectro,  
 su misterio la muerte allí proclama.

Adormecido en su funérea cuna,  
 semejante tal vez á la violeta,  
 callado aguarda, al asomar la luna,  
 el triste canto de infeliz poeta.

Quien, en silencio, del bullicio ausente,  
 aplicando su oído allá en la fosa,  
 fluir escuche la invisible fuente  
 que del sér al no sér va misteriosa.

Y así, la pura, inmaterial entraña,  
 de la muerte sondada al escalpelo,  
 muestra que, frente á la mundana saña,  
 el alma aspira á remontarse al cielo.

## LA CARTA DE LA HERMANA

«¿Hermano de mi vida! Aunque lejana,  
y en tristes y recónditos lugares,  
no se olvida de tí tu pobre hermana,  
hermana por la cuna y los pesares.

Sé que gozas; mas ese es tu tormento;  
tu desdicha mi fe me la ha anunciado;  
yo ignoro si hasta mí la trajo el viento  
ó algún genio infernal y malhadado.

Mas, sé que lloran sin cesar mis ojos  
desde que supe la fatal noticia,  
y, á mis labios, más cárdenos que rojos,  
el pan de nuestra mesa no acaricia.

Y de noche, rezando sobre el lecho,  
y de día, al rumor de mis faenas,  
á Dios levanta mi ferviente pecho  
la oración, holocausto de las penas...

Yo sé que una malvada te enamora...  
¡Olvidala, por Dios, hermano mío!  
¡Más digna es del amor Nuestra Señora!  
¡SuplICALa con fe por tu extravío!

Y dime si aún suspendes de tu cuello  
la cruz que nuestra madre te dió un día;  
ella te guardará, que ella es un sello  
que no lo rompe ¡ni aun la culpa impía!»

SOL SIN MANCHA

¡La he perdido! De otras manos  
 hoy la dicha ansiada bebe.  
 Todo mi ser se conmueve  
 de los celos al furor.

¡La he perdido! Mas, no importa;  
 ya que no la alcancé pura,  
 venga á mis brazos impura  
 para calmar mi pasión.

Pero, no; lejos, muy lejos  
 vayan bastardos antojos.  
 Si ella fué luz de mis ojos,  
 ¿cómo intentarla empañar?  
 Quiero arribar á mi muerte,  
 sin pensamiento liviano.

¡Quién sabe si allá en lo arcano  
 nuestras almas se unirán!

¡Oh! sí; con esta creencia  
 al fin romperé mi vida.  
 Mi alma á la suya unida,  
 ha de volar una vez.

Sino ¡cuán honda es la tumba!  
 ¡qué abrumador el vacío!...

Un sol sin mancha, bien mío,  
 tendrás para mí que ser.

## EL CALVARIO DEL ALMA

¡Espíritu del hombre! Luz, reflejo  
de la esencia inmortal, pura y divina;  
resplandeciente, inmaculado espejo  
de excelsas glorias en la edad pristina.

Deleite celestial aquí en el mundo  
al revestirte la infantil figura,  
ignorando el abismo tremebundo  
que un tiempo ha de arrastrarte de la altura.

Tú eres encanto de la vida y gozo  
mientras que brilla tu primera aurora,  
pues fugaz, cual centella, tu alborozo  
presto la noche del pesar devora.

Y al impulso de raudó torbellino,  
en que se agita tu feliz ensueño,  
luego ves sepultarse en tu camino  
las hojas místicas de tu afán risueño.

Que tú, cual joya de fulgor radiante,  
cual pájaro que surge de su nido,  
tu entrada en este mundo haces triunfante,  
libre de todo engaño fementido.

Cuando cruzas después ¡blanca paloma!,

el espacio sin fin del Universo,  
no más te envuelve que rumor y aroma,  
bajo el dosel de un horizonte terso.

Mas, si la tempestad se desenfrena,  
y el huracán de las pasiones brama,  
entonces triste, de amarguras llena,  
ves anublarse del placer tu llama.

Y ya, hasta maldecida de tí mismo,  
¡espíritu inmortal! tu aciaga suerte,  
te precipitas en el negro abismo,  
y sin terror te amparas á la muerte.

## ARMONÍAS DE LA CREACION

    Mi corazón, amargado,  
bajo el tedio se fatiga.  
¿Qué bebedizo mitiga  
las torturas del dolor?  
¿Dónde está el raudal que mana  
la salud y la grandeza?  
¿Dónde?... En tí, Naturaleza;  
en tí ¡próvida Creación!

    En tí, que el cielo abrillantas,  
en tí, que el espacio doras,  
en tí, que perennes floras  
en tus campos ves lucir.  
En tí, que todos los seres  
enlazas con blanda mano;  
en tí, donde no hay tirano  
porque todo es libre en tí.

    Las esferas que en el éter  
van rodando rutilantes  
en sus ejes de diamantes  
con magnífico rumor.

    El átomo que en la atmósfera

besa el aire, y es sonoro,  
y que se baña de oro  
entre la lluvia del sol.

El agua que murmurante,  
brilladora y fugitiva,  
acoge en su comitiva  
despojos del huracán.

El ave que errante cruza  
por los ámbitos vacíos,  
alegando con sus píos  
la solemne inmensidad.

Todo, en tí, libre camina,  
no hay muro que ataje el paso;  
todo, como en campo raso,  
prosigue su dirección.

Que en tí se armoniza todo,  
y al fin general coopera.  
Toda la Creación entera  
responde á una sola voz.

Quando hay borrasca en el cielo  
y surca el espacio el rayo,  
todo, en lúgubre desmayo,  
es reflejo del turbión.

Ruge la fiera en el bosque,  
el viento lanza su aullido;  
el ave tiembla en su nido,  
y se deshoja la flor.

Por íntima simpatía  
todo en tí se conexiona;  
un sér con otro eslabona  
ráfaga oculta de luz.

Gime un sér, si llora todo;

si todo está alegre, él canta.  
¡Oh, naturaleza santa!  
¡No es el mundo como tú!

En él, en confuso caos,  
los hombres se precipitan,  
y en el vértigo se agitan  
de su encontrada ambición.  
Y aunque cien leyes le aten,  
él sabe, con maña artera,  
ser feroz como la fiera,  
como la sierpe, traidor.

En él, la pasión más pura,  
el amor más vivo y hondo,  
allá se pudre en el fondo  
del pecho que lo albergó.  
No hay flor que le preste aroma,  
ni hay ave que le dé arrullo;  
sordo el mundo, en su murmullo,  
jamás su queja atendió.

Mas ¿qué es, á tí comparada,  
Naturaleza infinita,  
de un desdichado la cuita  
de su mísero pesar?  
Tú eres eterna é inmutable,  
y en tí, madre cariñosa,  
con dulce halago reposa,  
cual tierno niño, mi afán.

## LAS ARAS DESIERTAS

No basta, no, que edifiqueis conventos  
 si al par no levantáis la fe postrada;  
 dad vigor á los vanos pensamientos  
 á la vez que al sillar de la morada.

No os hagais ilusiones, pues ya yerta  
 hoy yace el ara que irradiaba soles;  
 bastando sólo una entornada puerta  
 á entrar los fieles en las sacras moles.

En vano Cristo, sus amantes brazos  
 presenta al hombre, entre mortales huellas;  
 su Augusta Madre, con eternos lazos  
 nos brinda en balde, en pedestal de estrellas.

Ya los astros no vagan por el cielo  
 cual de divina procesión hachones;  
 más parecen, dispersos por el suelo,  
 cascos de derrotados campeones.

## CUADRO TENEBROSO

El sol su frente reclina  
en la tumba del ocaso;  
yo también, con triste paso,  
busco un término á mi mal;  
y dejando para siempre  
el pobre hogar donde moro,  
con mal reprimido lloro  
me alejo de la ciudad.

Nubes pálidas, sombrías,  
como fúnebre sudario,  
el cadáver solitario  
envuelven del mústio sol.  
Y las remotas campanas  
dando al viento sus sonidos,  
con religiosos tañidos  
invitan á la oración.

Detiénese el campesino  
que vuelve á su hogar ligero,  
y, echando á tierra el sombrero,  
férvido empieza á rezar;  
y en las alas de la tarde

que se extiende misteriosa,  
la oración sube piadosa  
á la región celestial.

¡Ay de mí, que ya no puedo  
elear mi mente oscura  
hacia la esplendida altura  
do vive eterna la luz!  
La negra duda me abate;  
toda mi fe se relaja,  
cual rápido se desgaja  
el que fué encumbrado alud.

Bajo mi planta insegura  
crujen, en las fosas huecas,  
las últimas hojas secas  
que perdonó el huracán.  
De flores yertos despojos  
que, cual sueños marchitados,  
allí duermen olvidados...  
y allí descansan en paz.

No así mis vanas congojas  
que de mi pecho en el fondo,  
con un grito rudo y hondo,  
despiertan mi corazón.  
Y en vano con ansia invoco  
la esperanza que se aleja.  
¡El desaliento me deja  
en los brazos del dolor!

## LA DANZA MACABRA

Una noche, entre muchas, al Retiro,  
jardín que frecuentaba en el verano,  
imprimiendo á mis pies alegre giro,  
fui á divertir mi humor, no siempre humano.

Acicaléme, cual dandy en acecho  
de sílfides de gasa y ninfas de oro;  
luciendo tres brillantes en el pecho,  
y al bolsillo un reloj, que era un tesoro.

¡Por el bien parecer! ¡Oh, fatuo engaño!  
¡El alma recrearse en cosas tales!

Pero no me culpéis, si eso es un daño.

¿Por qué hizo Dios de barro á los mortales?

Como era pensador, aunque en zozobra,  
mi espíritu al herir vanas quimeras,  
me amparaba á este axioma, puesto en obra:  
«Haz lo que vieres donde quier que fueras».

De este modo, resuelto y diligente  
llegando hasta el kiosko del concierto,  
tomé una silla, y coloquéme enfrente  
de una dama, en querube hermoso ingerto.

Comenzaba á sonar ese preludio

con que ensayan su voz los instrumentos, semejante, más bien que á previo estudio, á un coloquio de amor entre los vientos.

Los mecheros de gas, sobre el follaje, cual manojos de juncos tembladores, llameaban, formando en el ramaje mil dibujos de luz y de colores.

Vibró, en fin, la batuta del maestro, y se oyó, con sorpresa del concurso, un canto singular, triste y siniestro, que la sangre y la mente heló en su curso.

Carcajadas de viejos; voz ahogada por la pena; graznidos; maldiciones; tos de un pecho que rompe desgarrada; satánicos silbidos de aquilones;

chasquidos de reptiles; huecas bocas besándose en tropel; huesudas manos chocándose iracundas; de mil locas sardónicas sonrisas; sonos vanos;

rumor con que al bailar el trompo zumba; erugir del casco de azotada nave; sollozos de los sauces de una tumba; chirrido agudo de opresora llave.

Tal estruendo y fatal algarabía todo el mundo escuchaba embelesado, pues, á par de terror, dulce armonía penetraba en el pecho entusiasmado.

¿Quién, con tal ritmo, á delirar no empieza, y mil castillos en el aire labra?

Mas, al cabo cesó la hermosa pieza de la extraña é infernal *Danza macabra*.

Los genios de las sombras se llevaron

los últimos acordes que surgieron,  
y al misterioso abismo retornaron  
de donde, al mundo á divertir, partieron.

Mas, después, aun en medio de una fiesta,  
en mi interior á veces yo percibo  
ecos de aquella tenebrosa orquesta  
que el mundo muerto reproduce al vivo.

PLAYA SALVADORA

Era triste noche; las nubes tronaban  
y al mundo envolvía luctuoso crespón;  
sonámbulo, loco mis pies avanzaban  
camino de un templo, de un monje mansión.

En torno del triste y fatal monasterio  
cipreses y pinos ahuyentan la luz,  
y hundido entre sombras y en hondo misterio,  
parece ermitaño bajo su capúz.

Quizás yo, forzado por mágico impulso,  
cual atrae la sierpe pájaro fugaz,  
exánime y yerto, sin fuerzas ni pulso,  
al sacro recinto fui en busca de paz.

Leyendas extrañas contaban las gentes  
de aquel eremita, con tétrica voz;  
y así de los niños las crédulas mentes  
soñábanle mónstruo de aspecto feroz.

Forjaba á mi antojo su horrible figura,  
falaz pesadilla de fiebre infantil,  
y á par le dotaba de un alma tan pura,  
cual junto á un abismo sonríe un pensil.

Lancéme del lecho, do en vano yacía,

que al cuello anudado con furia un dogal,  
en ansias de muerte mi cuerpo torcía;  
¡yo ansiaba lo ignoto del bien y del mal!

Anhelo y ahogo y angustia del alma,  
vacío en las nubes que el rayo dejó,  
así, cuando el pecho disipa su calma  
el hueco que queda rugiendo llenó.

¡Cuán hondos suspiros robados al viento,  
que sordo silbaba, cual tromba en el mar,  
al tiempo que andaba con paso violento,  
allá por el monte dejaba escapar!

En esta tan triste, tan lóbrega noche,  
aborto, sin duda, del genio de Ormuz,  
tan sólo á lo lejos, de rayos su broche  
benéfica abría fantástica luz.

Colgada en la torre del templo salvaje,  
su llama amarilla, de incierto fulgor,  
á trechos aclara la faz del paisaje  
nunciando al marino la playa de amor.

Las puertas del templo, transidas de clavos,  
abriéronme paso con lenta quietud,  
cual si fueran grillos que oprimen á esclavos  
ó los brazos mústios de la senectud.

Sus negros rincones, cual arpas quebradas,  
el son apagaban de un trémulo andar;  
¡confuso ruido de cañas cascadas  
que dentro de un saco se escuchan chocar!

Quedéme sin habla, perplejo, inmutado,  
cual niño que trasgo miró aparecer  
al necio conjuro, de pronto á su lado,  
y atrévese apenas la vista á mover.

Entonces un soplo tocó á mis oídos,

más yerto aún que el aire que había enredor,  
trayendo en sus pliegues, como adormecidos  
ecos de un lejano, profundo dolor.

«¡Náufrago, me dijo; tan sólo la muerte  
iza en esta peña su fatal pendón;  
si, tal vez, la rabia de tu airada suerte  
te arroja á mis puertas, recibe el perdón.

Mas si anhelas dichas, placeres y gloria,  
anclas en mal puerto: te puedes marchar;  
pero guarda siempre de aquí la memoria;  
quien torna dos veces se suele quedar!»

Volviómela espalda.—Sentí por la frente  
correr, abrasando, copioso sudor;  
dí un grito... A mis ojos surgió de repente,  
borrado mi ensueño, del día el albor.

## LAS DOS NOCHES

Esta noche ya su planta  
grave y callada apresura;  
de un bosque allá en la espesura  
voy con ella á descansar.  
Tras los corpulentos árboles  
bien puedo encontrar reposo,  
ancho asilo silencioso  
y perpetua soledad.

El fulgor de las estrellas,  
triste, pálido, sombrío,  
parece que, en su extravío,  
incita á mi presto fin.  
¡Ay! ¡cuán ceñudo está el cielo!  
¡cuán impasible la tierra,  
cuando el hombre, en cruda guerra,  
se halla próximo á morir!

Todo calla, todo es sombra,  
el horror todo lo abrumba;  
parece de negra bruma  
todo un inmenso borrón.  
¡Bruma infernal del averno,  
que un monstruo arrojó en las cosas  
para hacerlas más odiosas  
y hacer más fiero el dolor!

¡Ay! qué contraria á esta noche,  
de tanto dolor preñada,  
fué aquella noche, olvidada  
sin duda ahora por tí!

En ella, el amor, su paso,  
siempre fugaz como el viento,  
lo detuvo en tu aposento,  
paraíso para mí.

Los dos estábamos solos;  
tú, sentada ante el piano;  
yo, junto á tí, y con mi mano  
acariciaba tu sien.

Y en tus dorados cabellos,  
y en tus mejillas de rosa  
me dejabas, amorosa,  
saciar de besos mi sed.

De las flores los perfumes,  
que en olas mandaba el huerto,  
por entre el balcón abierto,  
penetraban hasta allí.

Y á lo lejos se veía,  
á la luz de luna llena,  
el mar, con su faz serena,  
mas siempre en lucha sin fin.

El eco de tu piano  
extrañamente se unía  
á la indómita armonía  
del oleaje del mar;  
al cual surcándole iba  
un bajel en lontananza,  
que al irse, cual la esperanza,  
se ignora si volverá.

¡Ay! entonces, yo embriagado  
de tu amor con la dulzura,  
de la tempestad futura  
no pude los rayos ver.  
Que infinito mi cariño,  
é ilimitado mi anhelo,  
tan inmenso como el cielo  
era entonces mi placer.

¡Cómo olvidarlo! mi mente  
lo recuerda hoy contristada  
que es cual rosa marchitada  
que aún mustia guarda su olor.  
Nunca pudo la memoria  
arrojar un goce al viento,  
como se exhala el aliento  
á un suspiro de dolor.

Que era la noche serena;  
la tierra y el mar en calma,  
y ondulaba nuestra alma  
entre rumores y luz.  
Jamás te ví tan hermosa,  
más aérea y delirante;  
nunca yo fui más amante,  
ni fuiste más dulce tú.

La sublime melodía,  
que de tu clave brotaba,  
aun más y más exaltaba  
el temple del corazón;  
hasta que, anegado en llanto,  
el tuyo á la par que el mío,  
en un supremo extravío,  
nos abrazamos los dos.

En tu pecho palpitante  
 mi ardiente pecho latía;  
 tu boca, junto á la mía,  
 respondía á mi besar;  
 y mis ojos con tus ojos  
 cambiando sus miradas,  
 lanzaban como oleadas  
 de luz de encendido mar.

Para calmar nuestra ansia,  
 más honda cuanto más pura,  
 de la brisa á la frescura,  
 nos salimos al balcón.  
 Y allí, sobre la baranda,  
 guirnalda de enredaderas,  
 en pláticas lisonjeras  
 el alba nos sorprendió.

El ruiseñor en su nido  
 endechas de amor cantaba;  
 la alondra se remontaba  
 alegre hacia el cielo azul;  
 el mar despertaba lento  
 de su sueño de la noche,  
 y el sol abría su broche  
 de rayos de hermosa luz.

Los árboles de tu huerto  
 susurraban mansamente;  
 el murmullo de la fuente  
 imitaba al de tu voz;  
 la cual, trémula y suave,  
 y tierna como un balido,  
 iba á regalar mi oído,  
 perturbando mi razón.

De pronto, quedaste muda,  
perdiste tus tintes rojos,  
y clavando en mí los ojos  
con angustiosa ansiedad,  
balbuciste una palabra,  
con entrecortado aliento,  
que la oyó mi pensamiento,  
y que no olvidé jamás.

Tú no te acuerdas ahora;  
yo, sí, que soy el más triste.  
—¡Tuya, ó de nadie!— dijiste.  
¡Mía! ¡Mía!... Ya lo ves...  
¿Cómo tu lengua ocultaba,  
bajo tan blanda armonía,  
el engaño, la falsía,  
tan hipócrita doblez?

Mas yo, entonces, loco, ardiente,  
frenético, apasionado,  
con un beso prolongado,  
con un abrazo sin fin,  
sellé nuestra unión, eterna  
é infinita como el mundo,  
y en un éxtasis profundo  
luego á tus plantas caí.

Besé tus piés con delirio,  
bañándolos con mi llanto;  
tú sollozabas, en tanto,  
por tan íntimo placer.  
Quise coronar mi gloria,  
viéndote desfallecida,  
mas tú te erguiste en seguida  
con amorosa altivez.

—¡Eso no!—clamaste, ahogada  
 por la emoción y el espanto.  
 —No amargues con tal quebranto  
 la dicha que siento en mí.  
 No anubles con torpe velo  
 el albor de mi mañana;  
 soy no más rosa temprana;  
 vivo, espero, y soy feliz.—

Recobré pronto mi calma;  
 y al abrigo de tu brazo,  
 el sonrojo, en tu regazo,  
 de mi osadía oculté.

Me perdonaste, risueña,  
 sin dar lugar á mi ruego.  
 ¡Ay! la paz que sentí luego  
 por siempre de mí se fué.

¡Con qué afán yo te estrechaba!  
 ¡Cuán radiante te veía!  
 ¡Cuánta ilusión sonreía  
 á mi henchido corazón!  
 Henchido, sí, de esos sueños  
 que fascinan la existencia,  
 meciéndola en la demencia  
 con que enloquece el amor.

Era tanta nuestra dicha,  
 nuestra pasión tan profunda,  
 que el sol, que el espacio inunda  
 en mares de viva luz,  
 al reflejarse en nosotros,  
 quedábase amortiguado;  
 que era yo fuego abrasado  
 y también llama eras tú

¡Oh, momento de delicia,  
de paz, de ventura y gloria!  
Ó arráncame la memoria  
ó no me angusties así.  
Pues, pensar que para siempre,  
cual nube que rasga el viento,  
se disipó mi contento,  
es horroroso vivir.

¡Ah! los que sufrís de amores  
venid á llorar conmigo,  
y á compartir el castigo  
del crimen de mucho amar.  
Dejad lenitivos vanos;  
que no se cura esta herida  
sino, á par que con la vida,  
de raíz se extirpa el mal.

Pero cese ya mi queja,  
que en el silencio retumba;  
como en la cóncava tumba  
del viento la vana voz.  
Nadie escucha mi lamento,  
nadie á consolarme viene;  
ningún sér amante tiene  
mi afligido corazón.

A la ingente cortadura  
de escueta y estéril roca,  
ya mi pie trémulo toca,  
y en ella toco á mi fin.  
En el horizonte inmenso  
tan sólo miro una estrella.  
¡Tal vez compasiva ella  
mis ojos cierre al morir!

## EL GUSANO ROEDOR

Siempre en el hombre, por feliz que sea,  
arde ese anhelo devorante y mudo,  
que empezando en confusa y vaga idea  
termina en un dolor real y agudo.

Agujón implacable que se encona  
contra los pechos de pujanza y brío,  
cual azota, quebranta y desmorona  
las peñas el rugiente mar bravío.

Pues, si una vez al regalado viento  
colúmpiase la nave entre bonanza,  
el mundo, cual el pérfido elemento,  
siempre amaga tormenta en lontananza.

Borrasca inexorable que hasta al niño,  
que aun el regazo maternal protege,  
perturba las delicias del cariño,  
rompiendo de su vida el tierno eje.

¿Y en quiénes tal desgracia no se ceba?  
¡De los dichosos es el grupo escaso,  
cuyas madres, tremenda, no se lleva  
la oscura muerte á su funesto paso!

Y huérfanos, y pobres, y con duelo,  
revuélvense olvidados en su cuna,

como marchitas flores en el suelo,  
cortadas, al nacer, por la fortuna.

Por eso, en los umbrales de la vida,  
lágrimas nuestros ojos ya derraman;  
¡confirmación con sangre luego unguida  
siempre que nuestras penas nos reclaman!

Los tiempos, sin embargo, bonancibles,  
pueden dulcificar nuestro destino,  
como suelen las áuras apacibles  
calmar en su fatiga al peregrino.

Que una edad con creencias, y entusiasta,  
es á la humanidad como esos huertos  
que tan gratos se ofrecen en la vasta  
y estéril soledad de los desiertos.

Mas, ora ¡ay, tristes! al perder la calma,  
cada cual libra su contienda ruda;  
¡y no florece esplendorosa palma,  
en erial de indiferencia y duda!

## EL LASTRE

Al subir más que el condor,  
sin miedo á ningún desastre  
el hombre arroja ese lastre  
que, de montones de amor,  
de amistad y de deber,  
en un principio formado,  
luego, en polvo, dispersado,  
se va en el aire á perder.

## ECOS VANOS

¡La moral! ¡La virtud!... Un vano eco;  
frases que, al resbalar por el oído,  
sólo producen el rumor que el hueco  
devuelve al punto, por la piedra herido.

CANTO DEL SUICIDA

El crepúsculo ya muere;  
 ya viste al suelo la sombra,  
 y, como en oscura alfombra,  
 se hunde en tinieblas el pie.  
 ¿Quién los abismos profundos,  
 ya sin luz, salva ó evita?  
 mi marcha se precipita...  
 ¡que se acabe de una vez!

¡Oh, qué silencio, qué calma!  
 ni un leve soplo de viento,  
 Parece que el pensamiento  
 se convierte en plomo aquí.  
 Falta ambiente á mis suspiros,  
 falta la luz á mis ojos.

¿Tantas angustias y enojos  
 no traerán pronto mi fin?...

Vuelvo mi vista afanosa  
 hacia la ciudad lejana,  
 que entre la bruma liviana  
 se vislumbra aparecer.  
 Inmensa mole de niebla  
 que la coronan á trechos  
 las torres que allá en los techos  
 se elevan con altivez.

Allí, dentro de sus muros,  
sin pensamientos aciagos,  
entre caricias y halagos  
se entregan al dulce amor.

Acaso, en este momento,  
que mi existencia devora,  
va al tálamo la traidora  
que vendió á mi corazón,

¡Ah! ¿por qué, por qué implacable,  
ya que se frustró mi gloria,  
tan malhadada memoria  
sigue mi rastro hasta aquí?

Quiero arrancarla á mi mente,  
pero su raiz más medra.

¿Quién pudo jamás la hiedra  
de un álamo desasir?

Mas, no bien cierre la noche  
su negro y pesado manto,  
dando fin á mi quebranto,  
su gérmen destrozará.

Y mi memoria y mi vida,  
con cuanto en ellas se encierra,  
conmigo, al caer en tierra,  
para siempre destruiré.

En el seno de la muerte,  
hallando un seguro asilo,  
dormiré blando y tranquilo  
entre un eterno soñar.

No desgarrarán mi pecho  
esos pérfidos dolores  
que mentirosos amores  
producen al despertar.

¡Y, tú, estrella solitaria,  
que asistes muda á mi pena!  
¿No ves, dime, alguna escena,  
en otro lugar, de amor?  
¡Quién sabe si con tus rayos,  
melancólicos y leves,  
en ansia de amor conmueves  
á algún tierno corazón!

    Angúrale más fortuna,  
núnciale mejor destino,  
señálale otro camino  
que el que me muestras á mí.  
Sé la antorcha que ilumine  
la noche de su ventura;  
no alumbres la sepultura  
de ningún otro infeliz.

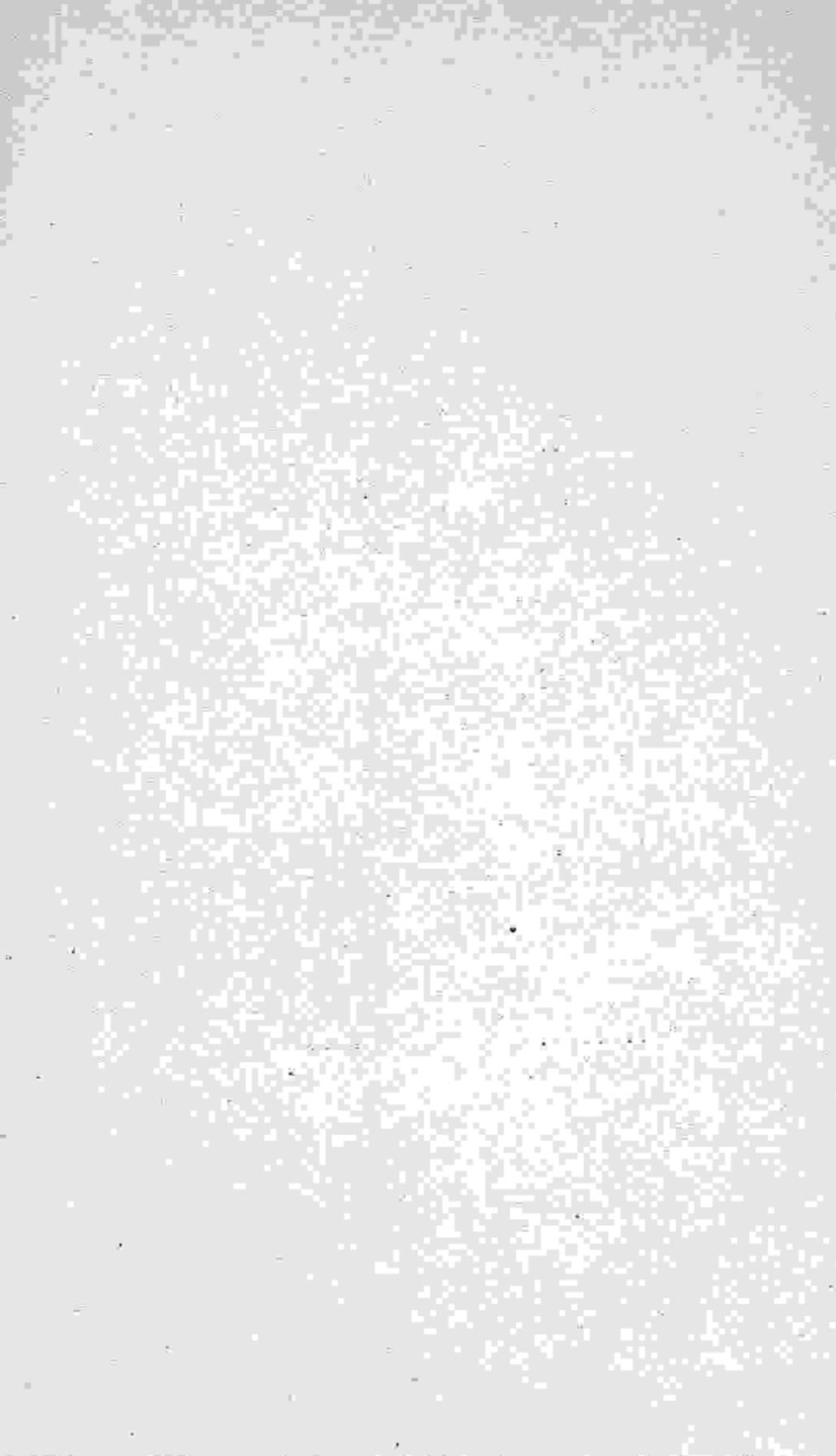
    Adiós, hermoso lucero;  
sigue brillando á este mundo;  
yo me lanzo á lo profundo  
á sepultar mi dolor.  
Y adiós, tú, mujer amada;  
hasta en la muerte te adoro;  
recibe mi último lloro;  
¡adiós, para siempre, adiós!



# ÍNDICE

---

	<u>Páginas.</u>
Noches de insomnio.....	7
Impresiones de Otoño.....	12
Ilusiones perdidas.....	13
El bien no siempre es bien.....	16
Ayer y hoy.....	17
El amante feliz.....	18
Fiebre de oro.....	20
La orgía.....	22
Himno de Mayo.....	28
Amor patrio.....	33
Horas dichosas.....	35
Morir por tí.....	36
Los nuevos mártires.....	38
Los dos extremos.....	39
Anacreóntica.....	40
El país de los sueños.....	42
Lo que enseña la muerte.....	49
La carta de la hermana.....	50
Sol sin mancha.....	51
El calvario del alma.....	52
Armonías de la Creación.....	54
Las aras desiertas.....	57
Cuadro tenebroso.....	58
La danza macabra.....	60
Playa salvadora.....	63
Las dos noches.....	66
El gusano roedor.....	73
El lastre.....	75
Ecos vanos.....	76
Canto del suicida.....	77



# OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

## NOVELAS

	Pesetas
Juana Placer . . . . .	3,50
La hija del fango . . . . .	2
La seductora . . . . .	2
Boda buena y boda mala . . . . .	1

## CUENTOS

Historias de amor . . . . .	2
Un joven sensible . . . . .	2
La vida pobre . . . . .	2
Gran espectáculo . . . . .	2
El asesino de Lázara . . . . .	0,50
Mariposuelas . . . . .	0,25
Pasiones de fuego . . . . .	0,25
Mentiras . . . . .	0,25
El ruiseñor de invierno . . . . .	0,25
La corista . . . . .	0,25
La guerra . . . . .	0,25

## POESIAS

Las primeras flores . . . . .	1
El diario de un poeta . . . . .	1,50
Sonetos . . . . .	1
La lira extranjera . . . . .	1